
Capítulo XXXV.

Los españoles en Haiti.

La sangre derramada por los españoles en la bahía de Samaná, había arrojado en los corazones de aquellos hombres apacibles y bondadosos la semilla de la venganza.

Los dorados sueños de Guacanajari y de los indios sus vasallos, empezaban á tornarse en fúnebres presagios.

Aquellos hombres en quienes habían visto enviados del cielo, tornábanse en sus encarnizados verdugos.

Guacanajari, dominado por aquella pasión que se había apoderado de su alma, había perdido el favor que en otro tiempo le había alcanzado la estimación de todos los suyos, y débil y avergonzado, porque á

sus ojos era criminal, en vez de apagar la hoguera que se encendía en los corazones de los otros caciques, la aumentaba dejándolos tomar por sí solos las medidas necesarias al castigo de los que alteraban la paz de su alma.

¡Lo que es el corazón humano!

Aquellos hombres que al disponerse la primera expedición en el puerto de Palos veían con terror las agitadas olas del Océano y juzgaban la muerte segura al fin de aquel viaje á lo desconocido que emprendían, llegan gracias á la misericordia divina al puerto de salvación, descubren tierras que les parecen un Paraíso, hallan en ellas oro, frutos, cariño, los naturales se desviven por complacerles:

El mismo rey Guacanajari, considerándolos como enviados del cielo, les colma de agasajos, y aquellos hombres que en vez de la muerte hallan la vida, que encuentran el placer donde esperaban el dolor, que renuncian gustosos á la felicidad de volver á su patria, de regresar al hogar de sus padres, ó de sus esposas, que prefieren quedarse allí para disfrutar de aquel Edén, no contentos con lo que tienen, con la tranquilidad que reina en torno suyo, con los hermosos brillantes paisajes que recrean su vista, con los alegres cantos de las canoras aves que revolotean en torno de su fortaleza, con las transparentes olas del mar que arrullan y van á todas horas á besar la roca que les sostiene, aquellos hombres que sacian su codicia viendo montones de oro á su lado, teniendo cerca ricas y profundas minas de aquel metal que tanto les

entusiasmo, aquellos hombres, en fin, que parecen los seres más privilegiados de la tierra, en vez de bendecir á Dios por tantos beneficios como les dispensa, en vez de contemplar con amor aquellos objetos que les fascinan y les encantan, en vez de ser hermanos de los que como hermanos les quieren, arrojados en brazos de la molición, movidos tal vez por el deseo de emplear su prestigio en dominar á todos aquellos habitantes y ceñir á su cuello la argolla del esclavo, una noche, en tanto que la luna derramaba sus argentados rayos sobre los bosques y las olas, reunidos en la orilla de la playa departen de este modo:

—Bello es cuanto nos cerca,—dice Arana,—no hay duda que es envidiable nuestra suerte. Oro abundante, víveres, obediencia de todo un pueblo que nos teme y nos ama; pero ¿qué es esto, amigos míos?

¡Dios sabe qué habrá pasado á nuestros hermanos al regresar á su patria!

¡Dios sabe si los peligros que nos abandonaron á la venida los han destruido á la vuelta.

¡Dios sabe si la frágil embarcación que los conducía á España ha zozobrado en medio de las olas y ha ofrecido á todos nuestros hermanos por tumba el abismo del mar.

Si esto ha pasado; si al mismo tiempo la carabela de Pinzon ha naufragado, porque no hay duda, pues de lo contrario se habría reunido con nosotros, y nadie tiene noticia de ella; si el descubrimiento de estas islas queda envuelto en el misterio para siempre, y no hay

otro audaz marino que venga á sacarnos de aquí, ¿cuál es la suerte que nos espera?

—Es cierto,—dijeron todos con tristeza.

—Somos más desgraciados de lo que pensamos.

—Tal vez estamos condenados á vivir siempre aquí, con mucho oro, pero sin los gozes que proporciona.

—Si al ménos,—exclamó Escobedo,—pudiéramos dominar el país; si acrecentando el miedo que nos tienen lográsemos apoderarnos de todas sus riquezas y fabricar con las ricas maderas que produce este país una embarcación que nos llevase á España ó á cualquier otro punto civilizado, en donde pudiéramos sacar partido del oro, nuestro corazón cambiaria de aspecto.

—O cuando ménos,—añadió Gutierrez,—debíamos procurar vivir gozando, emplear las horas que consumimos en el ocio, en los placeres del amor, de la caza, hasta de la misma guerra—si fuera preciso—con los caciques más indómitos.

—Nada más fácil que eso,—dijo Alonso Velez.—Si hubierais estado como yo en los dominios de Caonabo; si hubierais visto las ricas minas que posee, las deliciosas campiñas que constituyen su territorio; si hubierais contemplado las mujeres que allí nacen, más hermosas que todas las demás de la isla, ¡oh! entonces, en vez de pasar el tiempo entre estas cuatro tablas, dejando dos ó tres de los nuestros para guardar la fortaleza, iríamos los demás en busca de aventuras, y una escaramuza hoy, una aventura amorosa

mañana, una cacería de hombres ó de animales, todo esto ahuyentaría el fastidio que empieza á consumirnos. ¿Por qué no quereis que emprendamos una expedición al Cibao?

—Sí, sí; emprendámosla.

—Yo por mi parte,—dijo Arana,—quiero observar fielmente las órdenes del almirante.

—En ese caso, os debemos obediencia.

—Pero como conozco que os aburrís, nada me importa que emprendais ese serie de aventuras que tanto os fascinan.

Yo me quedaré aquí con unos cuantos de vosotros para defender la fortaleza, para ampararos en caso de fuga.

Volad los otros en pos de esa empresa que os subyuga, y quiera el cielo coronar vuestros esfuerzos.

—Pues entónces, mañana mismo al rayar el día partiremos.

—Escobedo y Gutierrez serán nuestros capitanes.

—Yo os serviré de guía,—exclamó Alonso Velez.—Conozco ya el camino y hasta puedo serviros de intérprete.

Todos se alborozararon ante la esperanza del cambio de vida que se proponían llevar á cabo.

Al día siguiente, al amanecer, veinte hombres precedidos de Escobedo y Gutierrez y perfectamente armados, se pusieron en marcha.

En vano noticiaron á Guacanajari los indios la expedición de los europeos.

Ebrio de gozo con su triunfo el rey de Haití, po-

seedor de aquella imágen que constituía todo su pensamiento, no hizo caso alguno de las indicaciones de sus vasallos.

Al emprender la marcha los españoles ya había llegado á noticia de los caciques la lucha que había tenido lugar en la bahía de Samaná y la sed de venganza ardía en su pecho.

En Sánica, un indio que había perdido á un deudo suyo en la contienda con los españoles, quiso vengarse de ellos y disparó una flecha contra Escobedo.

Por fortuna suya se embotó en el peto de acero que defendía su pecho, y el indio no tardó en ser aprisionado por los suyos.

—Vas á sufrir un horrible castigo,—le dijo.

Y le mandó colgar de un árbol, al mismo tiempo que los indios de Sánica corrian á refugiarse á las montañas y á referir el atroz atentado que acababan de cometer los españoles.

Llegaron al límite que separaba el territorio de Caonabo de los demás de la isla.

—Dejadme adelantarme,—dijo Alonso Velez,—y yo os prepararé el terreno. Conozco al cacique, le indicaré que venimos de paz á visitar las minas solamente, y entrando como amigos es más fácil que triunfemos.

Durante aquella marcha aventurera cometieron espantosos escándalos.

Aprisionaban á las mujeres, las ultrajaban con feroz ensañamiento, las ataban á los árboles, ó ataban á sus esposos para ofenderlas en su presencia.

La ira ardia en los ojos de aquellos hombres de hierro.

En tanto que ellos se acercaban, Caonabo llamó en torno suyo á los habitantes de las gargantas del Yaqui, á los guerreros del Maguana, y todos reunidos á las órdenes de Manicate, Anacaona y Boechio:

—Hermanos míos,—les dijo,—el día de la venganza ha llegado. Es hora ya de sacudir la vergonzosa pereza en que vivimos; es hora ya de sacudir la opresión que pesa sobre nosotros: somos libres y hemos recibido del cielo potente brazo para defendernos de los que quieren esclavizarnos.

Guacanajari, sumido en la molición, dominado por los extranjeros, débil como el niño, achacoso como el anciano, fiado en la palabra que le dió el cacique de esos hombres, no quiere reunirse con nosotros, prestarnos su ayuda, lanzar contra ellos la flecha envenenada, pero tampoco tiene fuerza para oponerse á nuestros designios.

Hagamos caso omiso de él; dejémosle entregado á su pasión; defendamos nosotros á la patria; vengamos los ultrajes que hemos recibido, y peleemos y muramos si es preciso ántes que consentir más tiempo el yugo de nuestros opresores.

Anacaona su esposa, la reina del Cibao, la hija del gran cacique, que al unirse con Caonabo le habia hecho dueño de su vida y de los tesoros que poseia, animó el valor en el corazón de aquellos hombres, incitándoles al combate.

Todos juraron, invocando el santo nombre de Va-

goniana, sucumbir ántes que tolerar las maldades de que eran víctimas.

El día de cumplir el juramento se acercaba.

Escobedo y Gutierrez habian puesto ya el pié en el territorio de Caonabo.

Alonso Velez llegó hasta donde estaba este cacique y le pidió una entrevista.